

I

Amanecía en el sector 8 del planeta Alfa. Los primeros rayos de sol llenaban el paraje de un color verde intenso, en esta zona del planeta no había civilización. El paisaje se componía de unas grandes montañas repletas de vegetación en sus laderas. La vida en este lugar era difícil, nadie viviría en un sitio tan alejado de cualquier núcleo de población, expuesto a los ataques de algunos animales que habitaban el espeso bosque formado en la parte baja de las montañas; sin embargo, la llamada de auxilio provenía de esta zona sin lugar a dudas.

La nave de Dolf sobrevolaba las montañas en busca de alguna señal de vida humana, pero sus ojos no alcanzaban a ver nada excepto cientos de árboles de distinto tipo, y el radar tampoco ofrecía ninguna respuesta. Revisó las indicaciones del panel de datos de su nave una vez más; el lugar era el correcto, y según el código de la llamada, ésta provenía de un rango de primera clase del EPA, el Ejército de Protección de Alfa.

Lo que Dolf no llegaba a comprender era el motivo de que una compañía del EPA se hubiese internado en esa zona tan salvaje; seguramente fuese alguna prueba de entrenamiento, algunas de las últimas batallas libradas por el EPA habían sido muy duras, y muchos miembros habían muerto, por lo que empezaban a circular rumores de que los soldados estaban poco preparados para combatir. El EPA tenía ahora una imagen que limpiar, y sus integrantes eran sometidos a duras pruebas para aumentar su habilidad en combate. En esta ocasión, quizás a sus superiores se les habría ido la mano y los chicos habrían sido víctimas de algún animal salvaje, o se habrían quedado perdidos sin víveres. En cualquier caso, tenía que darse prisa en encontrarlos.

El mensaje de auxilio era simple: "Necesitamos ayuda urgente. Vida o muerte". Había sido emitido por la frecuencia especial de alarma que sólo usan los rangos de primera clase del EPA; además de, por supuesto, los Guardianes. Dolf comenzó a impacientarse, no conseguía distinguir nada entre la espesura, y volaba en círculos por todo el sector. De repente, una fina columna de humo llamó su atención y giró la nave en esa dirección. La columna parecía ser la estela de una bengala; al acercarse pudo ver con claridad otra bengala de color rojo intenso salir volando desde la espesura hasta el cielo.

Por fin los había encontrado.

Dolf detuvo su nave a cierta altura encima del lugar desde el cual se habían disparado las bengalas. Desde allí no veía ningún claro cercano donde poder aterrizar; al parecer no le quedaba más remedio que bajar sin la nave si quería encontrar a los soldados. Sin pensarlo un minuto más, abrió la compuerta de su nave mientras esta se quedaba quieta en el aire.

Dolf se acercó al borde de la nave y oteó el aire, todo parecía tranquilo, extrañamente tranquilo para ser una misión de rescate; no se escuchaban gritos ni ruidos, salvo el de la naturaleza del lugar. Agarró el colgante que llevaba al cuello y se concentró; destellos luminosos comenzaron a brotar de su cuerpo mientras su indumentaria se transformaba con un gran destello, al terminar su transformación una capa verde le caía desde los hombros hasta los pies, una armadura de pequeñas piezas metálicas color plata a modo de escamas recubrían su torso y piernas. Completaban su uniforme unas grandes botas marrones, y su arma principal, la espada de Guardián, colgando de su cinturón. Ahora comenzaría su rescate como Dolf, el Guardián Dragón.

Sin titubear un segundo más, Dolf saltó de la nave y se dejó caer hacia el bosque de debajo, mientras caía intentaba encontrar cualquier señal de amenaza, concentrado. Al

llegar a la zona con ramas, paró en seco su descenso y bajó a tierra volando lentamente. Se arrodilló tocando el suelo, intentando captar alguna vibración, pero todo permanecía en calma.

–¡Hola! –gritó– ¿Hay alguien? ¡Soy Dolf, el Guardián Dragón!

Nadie contestó a su llamada. Impacientándose, comenzó a caminar buscando huellas o pistas; no tenía sentido, acababan de disparar dos bengalas, tenía que haber alguien. De repente, escuchó un ruido algo lejano, una especie de quejido que se hacía más insistente; Dolf corrió a toda velocidad hacia el lugar desde donde provenía el sonido, esquivando con asombrosa habilidad las ramas y otros obstáculos naturales que se interponían en su camino.

Al llegar al lugar se paró en seco. Un soldado del EPA estaba atado, amordazado y colgando de la rama de un alto árbol; al ver a Dolf, el soldado intentó hablar pero la mordaza que tenía en su boca se lo impedía. Antes de que Dolf pudiese dar un solo paso más, dos flechas se clavaron en la espalda del soldado, que paró de moverse en seco con la mirada de dolor clavada en los ojos de su descubridor. Una idea clara asaltó de repente la cabeza de Dolf: le habían tendido una trampa. Todo estaba planificado para hacerle bajar sin su nave hasta ese preciso lugar.

El Guardián Dragón desenvainó su espada y aguzó al máximo sus sentidos, con la ayuda del poder de su medallón podía adivinar de dónde vendría el peligro. Tres flechas fueron disparadas hacia su cuerpo, pero no lo suficientemente rápido para Dolf, que con un rápido movimiento de su cuerpo esquivó dos de ellas y rompió la tercera con su espada.

–Deberíais saber que estos intentos son inútiles, ¡dad la cara! –gritó Dolf con furia.

Ante él aparecieron cinco hombres ataviados con grandes telas negras que cubrían todo su cuerpo y su cabeza, a excepción de los ojos y una calavera horrenda dibujada en su espalda, se movían con gran rapidez, y más que humanos parecían fantasmas. Los esbirros de Calavera. Dolf había librado varias batallas contra ellos, eran una banda que había aparecido hace poco tiempo, pero sus ataques eran organizados y feroces, y actuaban en todo el planeta; no se sabía muy bien lo que pretendían, pero habían conseguido reclutar a muchos fieros mercenarios, y sus recursos parecían no agotarse.

–En vuestro lugar, yo intentaría huir –les dijo Dolf con tono burlón para provocarles; sabía que si le atacaban con rabia perderían su concentración y sería más fácil vencerles. Los hombres no contestaron, e inmediatamente comenzaron su feroz ataque contra Dolf con las espadas en alto, lanzando un grito de guerra.

La pelea era feroz, pero Dolf mantenía una gran concentración y paraba los golpes mientras reía en un tono provocador de superioridad, los esbirros alternaban sus ataques, pero no eran lo bastante rápido como para sorprender a un Guardián; en el primer instante en que tuvo un hueco, Dolf voló hacia arriba con rapidez y alargando su brazo hacia el enemigo les envió una ráfaga de fuego que no pudieron esquivar. Cuando el fuego se disipó, Dolf observó a los cinco hombres tendidos en el suelo, todavía humeantes, y voló en dirección a su nave para escapar antes de encontrarse con más esbirros, pero la encontró rodeada por unas veinte naves con el símbolo de Calavera.

Las naves calavera dispararon a la suya, haciéndola volar en pedazos ante la mirada de rabia de Dolf; acto seguido volaron hacia él disparándole. La armadura del Guardián Dragón, como la de los otros guardianes, desviaron los disparos evitando que impactaran en su cuerpo, pero tenía

un límite de resistencia, lo que hacía pensar que no podría permanecer en cielo abierto. Dolf concentró gran parte de su poder y envió enormes llamaradas de fuego hacia las naves gritando de rabia. Aprovechando el momento de confusión, huyó de nuevo hacia el bosque, donde las naves no podrían encontrarlo.

Dolf analizó rápidamente su nueva situación; estaba en medio de un paraje sin civilización, perseguido por naves enemigas con gran potencia de fuego, la única opción que le quedaba era intentar escapar a través del bosque. Desde arriba no conseguirían verlo, él mismo había comprobado la reducida visibilidad de que podían disfrutar sus enemigos; no parecía muy difícil despistarles desde su situación.

Comenzó a correr con gran rapidez a través de la vegetación, intentando alejarse lo más posible de las naves. Poco a poco lo estaba consiguiendo, oía el zumbido de los motores de las naves más lejano, debían estar buscándole sin éxito, pronto podría escapar definitivamente de sus perseguidores. De repente, Dolf paró en seco; por alguna razón acababa de presentir una gran amenaza, sus sentidos de Guardián le advertían de algo.

Todo ocurrió en segundos, Dolf miró hacia arriba y pudo ver un cohete antipersona dirigiéndose hacia él; sólo pudo reaccionar lanzando una llamarada al cohete y haciéndolo explotar demasiado cerca de él como para que no le afectara. Dolf recibió un gran impacto y salió despedido por el aire, chocando de espaldas contra una dura pared de piedra.

El valiente guardián yacía tendido en el suelo, sus oídos aún pitaban a causa de la explosión, le habían lanzado un misil que detectaba el calor del cuerpo humano desde una de las naves; se sentía culpable y estúpido por no haber previsto esa posibilidad. Sin embargo, aún seguía con vida gracias a su armadura que debía estar al límite de su resistencia; tenía que levantarse y salir de allí como fuese.

Sacó fuerzas de donde pudo y abrió los ojos, observó algunos árboles ardiendo y las piedras contra las que había chocado. Parecía la entrada a una cueva, estaba cubierta de musgo y vegetación a causa del paso de los años, sólo había una parte sin musgo, la parte que había recibido el golpe de su cuerpo, y parecía tener algo tallado, un símbolo que le resultaba familiar.

Dolf no terminaba de dar crédito a sus ojos, no podía ser verdad. Se acercó a la piedra y retiró más musgo con las manos; no había duda, era el mismo símbolo de Dragón que llevaba en su medallón, y al lado había otros cuatro símbolos: Sirena, Minotauro, Fénix y Ninfa. Los Cinco Guardianes. Dolf acababa de encontrar la entrada al Manantial Sagrado, el mayor enigma de todo el planeta Alfa acababa de ser hallado por casualidad. Ahora la prioridad era más clara aún, tenía que evitar que el enemigo lo encontrara y comunicarlo a los demás guardianes.

Reunió con gran esfuerzo todo el poder que le quedaba y comenzó a correr de nuevo a través del bosque, esta vez más rápido y aguzando sus sentidos al máximo, vigilando el cielo, buscando una zona sin naves demasiado cerca. Cuando le pareció ver un pequeño espacio en el cielo para salir, no lo dudó un solo instante, comenzó a volar con toda la velocidad que era capaz; sin embargo fue demasiado impulsivo, varias naves le localizaron y comenzaron a dispararle mientras le seguían. Dolf notó cómo su armadura se debilitaba cada vez más mientras no paraba de huir intentando esquivar disparos enemigos, con la única esperanza de refugiarse en la ciudad más cercana.

Mientras huía comenzó a comprender que se estaba quedando sin protección y estaría expuesto a los disparos enemigos, pero lo único que podía hacer era huir, y resultaba mucho más rápido por el aire. Concentró su poder al límite y lanzó enormes llamaradas a sus perseguidores, en un intento desesperado de destruirlos mientras gritaba con

rabia gastando toda su fuerza. Cuando al fin cesó, pudo ver cómo algunas naves caían incendiadas a tierra, pero notó una más a su espalda. La nave disparó y acertó en su objetivo. Dolf recibió varios disparos mortales y comenzó a caer agotado.

El Guardián Dragón había sido vencido, Dolf comprendió que había llegado su final, pero aún le quedaban fuerzas para transmitir su descubrimiento de la única forma que podía hacerlo. Mientras caía, buscó un objeto esférico que estaba en una pequeña bolsa que colgaba de su cinturón, y oprimió el único botón que tenía.

Dolf desapareció en el aire dejando atónitos a sus perseguidores.